

Distr.
RESTRINGIDA
LC/R. 430
24 de mayo de 1985
ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe



LA RADICALIZACION POLITICA DE LA
JUVENTUD POPULAR DEL PERU */

*/ Este documento ha sido preparado por el señor Julio Cotler, consultor de la División de Desarrollo Social de CEPAL. Las opiniones expresadas en este documento son de la exclusiva responsabilidad de su autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

85-5-742

Resumen

En el transcurso de los últimos veinticinco años el Perú ha experimentado una sustancial transformación de su estructura social, condicionando el cambio de identidad política de las clases populares y, muy en especial, de sus jóvenes, en términos de su radicalización.

Entre los años sesenta y mediados de los setenta las clases populares urbanas, que se expandían y modificaban rápidamente debido a la migración rural en el que se destacaba el componente étnico andino, experimentaron una relativa movilidad ascendente, en términos de ocupación, ingresos, empleo, educación. En este cuadro, la movilidad y el acceso a los medios de comunicación social de los jóvenes fue más intensa y generalizada que el de las clases populares urbanas en su conjunto, propiciando el desarrollo de nuevas e intensas expectativas referentes a su participación social, cultural y política en la definición nacional.

Sin embargo, dicha movilidad estuvo condicionada e impulsada por la ampliación de la organización y movilización de las clases populares y en las que los

Jóvenes jugaron un papel dirigente, en muy distintos planos: estudiantiles, sindicales, políticos, barriales.

En efecto, mientras se procesaba la transformación de las clases populares, el carácter excluyente del régimen oligárquico durante los sesenta y el bloqueo político del gobierno militar de los setenta motivó para que ellas se les enfrentaran de manera tenaz y a través de expresiones cada vez más radicales, sellando de esta manera su propia constitución como sujetos sociales y políticos.

En esta contienda social la juventud popular se encontró especialmente sensibilizada, asumiendo la conducción política de las clases populares, en tanto representaba, de manera vivida, la transición que experimentaba el país y las clases populares. Su socialización urbana y educacional, que suponía una relativa ruptura con las tradicionales estructuras sociales y culturales paternas, propendían al desarrollo de nuevas formas y referentes culturales, que la exclusión y bloqueo estatal les impedía concretar y realizar.

La radicalización en curso se caracterizó fundamentalmente por su naturaleza organizada y culminó, a fines de la década pasada, con la constitución de la Izquierda Unida y, desde principios de los ochenta, con la transformación del Apra, canalizando sus acciones en el

formato legal que dió curso la transición democrática en 1980. La Izquierda Unida, como frente electoral dirigido por los jóvenes radicalizados de los sesenta y los setenta, agrupa a diferentes grupos políticos, representantes, a su vez, de diferentes segmentos de las clases populares. En el Apra, un grupo de jóvenes logró dirigir la reorganización partidaria, cambiando sus objetivos, estilo de actuación y articulación con la sociedad, que contribuyó de manera muy decidida al sorprendente éxito electoral logrado en abril de 1985.

Simultáneamente al desarrollo de este proceso, a partir de mediados de la década pasada, la situación económico-social del país comenzó a deteriorarse. Las clases populares y los jóvenes, en particular, comenzaron a experimentar un bloqueo económico-social, dando lugar a una progresiva movilidad descendente, en términos de ingresos y ocupación, por la precarización del trabajo asalariado y la ampliación del trabajo independiente, en tanto que la educación siguió presentando la misma tendencia ascendente que se venía dando desde los años sesenta. En estas circunstancias, los jóvenes migrantes rurales y particularmente los de origen andino, experimentaron las formas más drásticas del mencionado bloqueo social.

Esto se debió a que a partir de 1976 se inició la crisis económica, que se ha ido agudizando progresivamente hasta el día de hoy, provocando que los distintos gobiernos se embarquen en políticas de ajuste recesivo, recomendados por los organismos internacionales garantes del sistema financiero.

De esta manera las nuevas condiciones sociales determinaron un menor grado de participación gremial de la juventud, mientras que se daba un proceso de apertura político. Sin embargo, el gobierno democrático instalado en 1980, insistió en la política económica recesiva, acompañada de una galopante inflación, rechazando así los requerimientos de las clases populares y de su juventud, especialmente de aquellos que en las zonas rurales se encuentran en proceso de urbanizarse culturalmente.

Además, el nuevo gobierno retomó un estilo de actuación oligárquico, desechando toda posibilidad de establecer mecanismos de negociación política con los nuevos actores y sujetos políticos populares. Este estilo político produjo un renovado rechazo popular, especialmente de la juventud, por la práctica exclusión a sus nuevas demandas de participación.

De ahí que esta situación condicionó el desarrollo de la violencia política coetánea por Sendero Luminoso que

recluta sus integrantes entre la juventud popular de origen provinciano, especialmente de la sierra sur.

Es esta población la que experimenta de manera más fuerte los golpes de la recesión y, de otro lado experimenta de manera más brutal, el rechazo estatal a reconocer la legitimidad de sus aspiraciones a participar -en todos los planos- en la definición de la constitución nacional.

El próximo gobierno aprista, bajo la conducción de Alan García, promete remediar esta situación. En primer lugar por el carácter popular del partido y también por el contenido nacional y popular de la campaña electoral. Asimismo por su reiterado propósito de rechazar las imposiciones del FMI y la necesidad de revertir los esfuerzos del Estado hacia el agro serrano reconociendo, de manera explícita, la necesidad de incorporar el contenido étnico-cultural de la población de la "mancha india", en la construcción nacional.

Es un lugar común reconocer que en los últimos veinticinco años el Perú ha experimentado importantes transformaciones de su estructura social. Los principales factores o indicadores que generalmente se utilizan para explicar o detallar dichas transformaciones son el cambio demográfico acarreado por las migraciones y la urbanización; las modificaciones de la estructura productiva y ocupacional que han promovido el fortalecimiento y extensión capitalista y su irradiación en las áreas rurales; la expansión del sistema educacional y de los medios de comunicación de masas que, conjuntamente con los anteriores procesos también han contribuido en alterar, de manera significativa, los estilos de vida y los tipos y niveles de aspiraciones sociales.

A todo esto es necesario agregar la singularidad de las reformas institucionales realizadas por el pasado régimen militar, que acabaron por desmantelar el anacrónico régimen oligárquico de dominación y procuraron la considerable expansión de las funciones y del ámbito estatal.

Sin embargo, con menor frecuencia se relievan las transformaciones políticas y culturales que la sociedad peruana ha experimentado en ese período y, en particular, el cambio de identidad política que las clases populares urbanas* en general, y sus jóvenes en particular, han experimentado en términos de su radicalización.

En este sentido existen varias y muy claras evidencias que dan muestras de la radicalización popular y de los jóvenes de dichas clases. La primera,

* Definimos a las clases populares en términos ocupacionales; en este sentido comprenden obreros, independientes no-profesionales y empleados sin poder de dirección.

son los resultados electorales para nominar a los representantes de la Asamblea Constituyente en 1978, para elegir Presidente y parlamentarios en 1980, para designar alcaldes en 1981 y 1983. En todos estos eventos las agrupaciones izquierdistas, divididas en los tres primeros casos y unificadas en la última ocasión, lograron obtener alrededor de un tercio de la población electoral, hecho insólito en América Latina.

Si bien los análisis sobre dichos procesos electorales no son concluyentes, traslucen la existencia de altas correlaciones entre el voto obrero, así como de los pobladores de los barrios urbanos marginales ("pueblos jóvenes") y las agrupaciones de la izquierda marxista, especialmente en la ciudad de Lima, que congrega a la tercera parte de la población electoral; correlaciones que parecen existir igualmente entre población urbana y dichas organizaciones políticas en la sierra sur, la llamada "mancha india"(1).

Las últimas elecciones generales del pasado mes de abril, en las que el Apra y su joven candidato ganó de manera abrumadora, seguido por el candidato de la Izquierda Unida, significó el desplazamiento masivo del electorado popular, que hasta entonces votaba en favor de los partidos "tradicionales", hacia el Apra. Así alrededor del 80% del electorado se asoció por fórmulas nacionalistas, populares y democráticas, que proponían cambios trascendentales en la estructura social y política del país, orientadas hacia la nacionalización y democratización de la sociedad y la política. Estos resultados, que han determinado el arrinconamiento de la representación de las clases dominantes, crea una situación inédita, plagada de esperanzas y temores en relación al devenir histórico del país.

Una segunda evidencia del proceso de radicalización de las clases populares es la aparente consolidación de la Confederación General de Trabajadores

(1) Rafael Roncagliolo, ¿Quién ganó? Elecciones 1931-1980, DESCO, Lima, 1980, Fernando Tuesta Soldevilla, Elecciones municipales: cifras y escenario político, DESCO, Lima, 1983; El nuevo rostro electoral, las municipales del 83, DESCO, Lima, 1985.

del Perú, que si bien es controlada burocráticamente por el Partido Comunista, se ve acompañada por el desarrollo del sindicalismo "clasista" entre las capas obreras y de empleados públicos. Paralelamente a estas organizaciones, el nivel de exigencias de las asociaciones de los barrios populares acompañan el estado de movilización y radicalización del conjunto de las clases populares urbanas.

Por último, la emergencia desde 1980 de "Sendero Luminoso" y el arrastre que parece mantener entre sectores populares, a pesar de los golpes militares y la derrota política que ha sufrido con la masiva participación electoral en el pasado abril, es la muestra más evidente de la existencia de un panorama de radicalización y violencia en la sociedad peruana.

En este proceso de cambio de identidad política en términos radicales, que redefine a las clases populares y del escenario político del Perú, la juventud popular parece haber tenido un papel crucial. En efecto, esta juventud habría tenido un papel determinante en la organización y dirección de dicho proceso a partir de su implantación en las universidades, sindicatos y partidos políticos, de las organizaciones de los barrios populares y de las comunidades y centros cristianos.

Así se explicaría, por ejemplo, la constitución de una nueva dirigencia en el Partido Aprista capaz de reorganizar dicha agrupación, después de la crisis que experimentara a la muerte de Haya de la Torre, pasando por encima del viejo liderazgo que congregara el Jefe histórico. Sería esta nueva generación de dirigentes la que reformulara las orientaciones partidarias y sus relaciones con la sociedad, que le valiera gozar de una nueva imagen, resultado de lo cual fuera el arrastre popular y el indiscutido triunfo electoral en abril de 1985.

Un fenómeno similar ocurre en Izquierda Unida, constituida por ex-estudiantes universitarios y dirigentes obreros, socializados en las intensas movilizaciones populares de la década pasada, en contra del régimen militar.

Por último, es un hecho reconocido la implantación que Sendero Luminoso tiene entre ciertos sectores juveniles y la particular importancia que ha concedido en el reclutamiento femenino entre dichos sectores juveniles.

Tratar de comprender los factores que explican la radicalización y violencia de la juventud popular y su irradiación en las clases populares, especialmente las urbanas, va mucho más allá del interés académico, en tanto que compromete la vida y los derechos humanos de todos los peruanos. La búsqueda de dichas explicaciones, aunque tentativas, apunta al encuentro de fórmulas alternativas capaces de canalizar la participación de la juventud popular y su radicalismo, en la constitución de un consenso popular que sienta las bases del desarrollo y la democracia en el Perú.

A su vez, en la medida que el caso peruano parece acercarse a una situación "límite" en el ámbito sudamericano, esta aproximación debería aportar indicaciones, al menos, de los problemas que atraviesan o, eventualmente, pueden transitar otros países de la región.

Para abordar este problema se examinará de qué manera los cambios demográficos, educacionales y económicos de las últimas dos décadas han afectado la condición juvenil. En segundo lugar, se asociará dichos cambios con las experiencias políticas y culturales que las clases populares y los jóvenes han experimentado en ese período.

1. Los cambios demográficos ocurridos en las últimas dos décadas en términos de migración-urbanización, significó que los jóvenes -es decir aquellos comprendidos entre 15-24 años, para seguir con la convención universal- pasaron del 18% al 20% en el período intercensal 1961-1981. En ese mismo lapso la presencia juvenil en las áreas urbanas saltó del 51% al 70%, mientras que la población urbana del país pasó de 47% a 65%. Además, mientras en 1961 el 22% del total de los jóvenes del Perú residían en Lima, centro metropolitano por excelencia, esa proporción pasó a ser de 31% en 1981.

De tal manera que si la inmensa mayoría de los jóvenes urbanos en 1961 eran de origen provinciano y rural, veinte años más tarde también la mayoría de los jóvenes eran nativos de las ciudades, constituyendo la primera generación urbana.

Es decir, no sólo la población juvenil acrecentó su presencia relativa en la población total del país, sino que también incrementó de manera sustancial su participación en la población urbana y, en ese sentido, interviniendo de manera activa en la construcción de la modernidad nacional del país y, en esa medida, en la ruptura del orden tradicional.

2. Esta última proposición se hace evidente, por ejemplo, en los dramáticos cambios del perfil educacional de la población peruana durante las últimas dos décadas. En primer lugar, debido al sustancial incremento del alfabetismo en el conjunto de la población y de manera muy especial entre los jóvenes, sean urbanos o rurales. En efecto, en ambos casos, la población entre 15-24 años alcanza niveles de alfabetismo superiores al conjunto de la población urbana o rural.

Aunque, como era de esperarse, en la población urbana existe una proporción mayor de alfabetos que entre la población rural. Sin embargo, en términos globales, las diferencias no son tan acusadas como las que se podría esperar, dado el conocido atraso de otros servicios públicos existentes en el campo peruano (Cuadro 1).

En segundo lugar, el cambio del perfil educacional se manifiesta en la modificación de la participación de la población en los niveles educacionales. En este sentido se destacan los siguientes aspectos:

- a. el brusco descenso de la población sin ningún nivel educacional, que va asociado con el desarrollo del alfabetismo;
- b. al incremento de la participación de la población total en el nivel primario, debido a la incorporación de la población rural en el proceso educacional, paralelamente al descenso de la participación de la población urbana en

Cuadro 1

Perú: condición de alfabetismo entre los jóvenes, según área urbana y rural, 1961-1981
(porcentajes)

	A l f a b e t o s			Analfabetos			No especificado			T o t a l		
	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981
<u>Nivel nacional</u>												
15 - 24	<u>71.8</u>	85.9	<u>92.8</u>	28.2*	13.2	6.9	0.0	0.9	0.3	100	100	100
25 - 29	<u>65.9</u>	77.4	<u>89.3</u>	34.1*	21.7	10.4	0.0	0.0	0.3	100	100	100
Población total**	58.6	67.0	78.4	41.4*	31.6	21.1	0.0	1.3	0.5	100	100	100
<u>Area urbana</u>												
15 - 24	<u>89.1</u>	95.6	<u>97.6</u>	10.9*	4.4	2.1	0.0	0.0	0.2	100	100	100
25 - 29	85.9	91.5	96.3	14.1*	8.5	3.4	0.0	0.0	0.2	100	100	100
Población total**	79.8	82.6	88.5	20.2*	17.4	11.1	0.0	0.0	0.4	100	100	100
<u>Area rural</u>												
15 - 24	<u>53.5</u>	68.9	<u>81.3</u>	46.5	31.1	18.1	0.0	0.0	0.6	100	100	100
25 - 29	46.1	54.5	71.5	53.9	45.5	27.9	0.0	0.0	0.5	100	100	100
Población total**	38.9	45.5	58.5	61.1	54.5	40.6	0.0	0.0	0.9	100	100	100

Fuente. Censos Nacionales 1961, 1972, 1981.

*Incluye a los que no declararon condición de alfabetización.

**Población total de 5 años y más, con excepción de 1961 que es de 6 años y más.

este nivel y, muy en especial de los jóvenes, que pasara concentrarse de manera predominante en los niveles secundario y superior (Cuadro 2).

Es muy probable que, como se anotara en otro estudio(2), los jóvenes de origen rural migran a las ciudades cuando llegan a un cierto nivel educacional en sus lugares de nacimiento, que no se corresponden con el grado de desarrollo económico-social de su lugar de origen.

c. Sin embargo, como puede observarse de la lectura de los cuadros 3 y 4, la participación femenina en el sistema educacional aún se mantiene por debajo de la masculina. A su vez, la disparidad entre las mujeres urbanas y rurales es muy grande, en favor de las primeras; disparidad todavía mayor cuando se compara el nivel educacional alcanzado por las jóvenes urbanas en relación al total femenino y a las del mismo grupo de edad que pueblan las áreas rurales.

d. El desarrollo educacional que, como hemos visto, va estrechamente asociado con la población juvenil, ha contribuido a ampliar de manera significativa la educación universitaria. Mientras en 1960 la educación universitaria contaba con 30.000 alumnos, diez años más tarde pasó a 109.000 y en 1982 alcanzó a 305.000(3). De esta cifra total los hombres representaron el 63%.

Mientras en la mayor parte los países latinoamericanos, uno de cada diez jóvenes asistía a la universidad a comienzos de la presente década(4), en el Perú el 6.8% de los jóvenes contaba con educación superior; sin embargo en Lima Metropolitana esa proporción se elevaba a 16.5%.

(2) Giorgio Alberti y Julio Cotler, Aspectos sociales de la educación rural en el Perú, IEP, Lima, 1977.

(3) Instituto Nacional de Estadística, Compendio estadístico de 1982, Lima, 1983.

(4) CEPAL, Situación y perspectivas de la juventud en América Latina, San José, Costa Rica, octubre 1983.

Cuadro 2

Perú: jóvenes de 15-24 años según nivel de educación, 1961-1981

Nivel educativo	N i v e l N a c i o n a l						A r e a			U r b a n a			A r e a			R u r a l		
	15-24 años			Pobl. total nac.			15-24 años			Pobl. total urb.			15-24 años			Pobl. total rur.		
	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981
Ninguno	28.2	12.0	6.3	45.8	30.2	16.9	11.4	4.2	1.8	27.0	16.8	7.7	46.0	27.4	15.5	63.0	50.7	32.6
Pre-esc. y prim.	53.3	48.5	37.0	43.0	51.2	52.5	56.7	41.2	24.3	54.1	54.8	48.3	49.7	62.6	62.3	32.8	45.7	55.9
Secundaria	15.5	34.3	46.8	7.8	14.8	23.1	27.6	47.3	59.7	14.8	22.6	32.1	2.7	9.0	18.6	1.3	2.8	6.7
Universitario	1.0	3.7	5.5	0.9	2.5	4.5	1.8	5.4	7.8	1.9	4.0	6.6	0.1	0.3	0.5	0.1	0.2	0.3
Sup. no univers.**	0.9	0.4	3.7	0.6	0.4	2.3	1.6	0.6	5.2	1.2	0.7	3.3	0.1	0.1	0.4	0.0	0.1	0.2
No especificado	1.1	1.1	0.7	1.9	0.9	0.7	0.8	1.3	1.2	1.0	1.1	2.0	1.4	0.6	2.7	2.8	0.5	4.3
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente.

*De cinco años y más, con excepción de 1961 que es de cuatro años y más.

**

Cuadro 3

Perú: población urbana/rural según nivel educativo y sexo, 1981

Nivel educativo	Total urbana		Total rural		Población Total nacional*	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Ninguno	5.2	10.1	22.6	42.5	11.1	21.9
Pre-primaria**	47.1	49.5	64.5	47.1	53.0	46.5
Secundaria	34.5	29.6	9.1	4.2	25.8	22.0
Sup. no univ.	3.4	3.3	0.3	0.2	2.3	2.4
Sup. univ.	8.3	4.9	0.4	0.2	5.6	3.5
No especif.	<u>1.4</u>	<u>2.5</u>	<u>2.8</u>	<u>5.5</u>	<u>1.9</u>	<u>3.7</u>
Total%	100	100	100	100	100	100
Absoluto	4'790,	4'864,	2'469,	2'445,	7'008,	7'260,

Fuente: INE, Censo Nacional, Tabulados no publicados.

* Población de 5 años y más.

** Incluye Básica Regular y Laboral.

Cuadro 4

Perú: Jóvenes (15-24 años) según nivel educativo y sexo. Areas urbana y rural. 1981.

Nivel	Población			Urbano			Rural		
	H	M	Total	H	M	Total	H	M	Total
Ninguno	2.9	8.6	6.3	1.0	2.5	1.8	7.5	23.7	15.5
Pre-primaria	34.0	37.0	37.0	20.8	27.6	24.3	65.3	59.3	62.3
Secundaria	51.7	43.5	46.8	63.5	56.3	59.7	24.4	12.6	18.6
Sup. no univ.	3.4	4.0	5.5	4.8	5.6	7.8	0.4	0.4	0.5
Sup. univ.	6.4	4.8	3.7	8.7	6.7	5.2	0.5	0.5	0.4
No especif.	<u>1.4</u>	<u>1.9</u>	<u>0.7</u>	<u>1.2</u>	<u>1.3</u>	<u>1.2</u>	<u>1.7</u>	<u>1.7</u>	<u>2.7</u>
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100
Absoluto	1'722	1'743	3'466	1'205	1'239	2'444	516,	504,2	1'020

Fuente: INE, Censo 1981, Tabulados no publicados.

La socialización urbana y educacional habría favorecido que los jóvenes, especialmente los que se concentran en Lima Metropolitana y en las ciudades de mayor importancia del país, tengan una elevada exposición a los medios de comunicación modernos, condicionando el desarrollo de nuevas aspiraciones y estilos de vida, así como de nuevos comportamientos sociales y políticos, fundados en crecientes expectativas de movilidad social y/o transformación de la realidad social.

3. En términos ocupacionales, el 50% de los jóvenes del Perú tenían ocupaciones asalariadas en 1972, sea como obreros o como empleados, porcentaje que descendió en 1982, especialmente en la población rural (Cuadro 5), en razón de la política recesiva que se viene aplicando abiertamente desde el inicio de la Presidencia de Belaúnde.

Paralelamente a la disminución del trabajo asalariado entre la población juvenil, subió el porcentaje de trabajadores independientes, crecimiento que se manifiesta tanto en la población urbana como rural donde siempre fue preponderante, debido a su atraso económico y social. Este crecimiento del autoempleo entre los jóvenes es especialmente relevante si se considera que, a nivel nacional y en el conjunto de la PEA ocupada, esta categoría se reduce levemente entre ambos períodos inter-censales.

Pero a pesar de la relativa caída de la proporción de los jóvenes asalariados en la PEA, mantienen un peso mayor en las categorías de obreros y empleados de la que dichas categorías tienen en el conjunto de la PEA. En efecto, tal como se observa en el mismo cuadro 5, en 1972 el 50.7% de los jóvenes ocupados se desempeñaban en dichas posiciones contra 44.4% a nivel de la PEA total, proporciones que en 1981 fueron de 47.4% y 43.1% respectivamente. De ahí que se pueda concluir que entre los jóvenes se encuentran una proporción mayor de asalariados que en el conjunto de la PEA.

Por esta misma razón, y a pesar del aumento de trabajadores independientes entre los jóvenes, su proporción sigue siendo menor en relación al

Cuadro 5

Perú. Jóvenes (15-29) por categoría ocupacional, según área urbana-rural 1972-1981 (%)

Cat. Ocupacional	1 9 7 2						1 9 8 1					
	Jóvenes			PEA*			Jóvenes			PEA*		
	Nacional	Urbana	Rural	Nacional	Urbana	Rural	Nacional	Urbana	Rural	Nacional	Urbana	Rural
Obrero	29.0	31.2	25.4	24.4	27.9	19.2	26.8	30.3	20.1	22.4	26.3	15.3
Empleado	21.7	31.8	4.6	20.0	30.7	3.7	20.6	30.0	3.0	20.7	30.6	2.4
Trabajador Independiente	27.5	17.8	43.8	42.6	30.2	61.6	32.2	22.9	49.7	41.9	31.0	62.1
Patrono	0.3	0.2	0.3	0.6	0.6	0.8	0.5	0.6	0.3	1.1	1.4	0.5
Trabajador familiar no-remunerad.	10.3	3.0	22.5	6.2	1.9	12.6	8.9	2.1	21.7	6.3	1.6	15.2
Trabajador del Hogar	8.2	12.3	1.3	4.4	6.8	0.8	6.5	9.2	1.4	3.7	5.2	1.0
Categoría no especificada	3.0	3.6	2.0	1.7	1.9	1.3	4.5	4.8	3.8	3.8	3.9	3.5
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Censos Nacionales 1961, 1981

*Total Ocupada de 6 años y más.

conjunto de la PEA total, así como de la PEA urbana o rural.

Por último, los jóvenes presentan una mayor proporción de trabajadores familiares no remunerados que el conjunto de la PEA. Aunque este hecho resulta conocido, por la importante participación que tienen en la reproducción familiar entre las clases populares, se debe resaltar que en las áreas rurales la importancia del trabajo juvenil en el seno familiar compromete más de la quinta parte de la población juvenil total, fenómeno que va asociado con la importancia que en este caso tienen los trabajadores independientes del área rural.

En el caso de los jóvenes de Lima se observan importantes cambios en su tipo de actividad, en la medida que en las dos últimas décadas la proporción que forma parte de la población económicamente activa se ha reducido de manera importante. Mientras en 1961, 54 de cada 100 jóvenes formaba parte de la PEA ocupada, veinte años más tarde esa relación disminuyó a 35 de 100. Es decir se observó una reducción de 18.6%. Este cambio ha sido mucho más drástico que el que se observó en el conjunto de la PEA total (mayores de seis años) que descendió de 44.4% a 39.1%; es decir presentó un cambio de 5.7%. Sin duda que esta situación se debe a que la expansión educacional entre los jóvenes ha contribuido a que éstos posterguen su incorporación en la actividad productiva.

Siguiendo la pauta que habíamos observado anteriormente respecto a la ocupación de los jóvenes a nivel nacional, la mayoría de los jóvenes residentes en Lima son asalariados, como obreros, empleados y trabajadores del hogar, mientras que sólo un 10% son trabajadores independientes (Cuadro 6).

Sin embargo, los jóvenes de Lima presentan porcentajes superiores de desempleo global y sub-empleo que el conjunto de la PEA. Es así como la mitad de los jóvenes se encontraban sub-empleados y la mayoría se debía a sus bajos ingresos (Cuadro 7) a diferencia de lo que ocurría en el conjunto de la PEA.

Cuadro 6

Lima metropolitana. Jóvenes (15-24 años) según categorías ocupacionales (%) - 1984

	<u>Jóvenes</u>	<u>PEA Popular</u>	<u>% de los jóvenes en la cat. ocupacional</u>
Empleado	28.2	30.68	27.5
Obrero	25.9	25.82	30.0
Trabajador Independiente	10.1	26.33	11.5
Trabajador del Hogar	19.1	9.64	59.0
Trabajador familiar no-remunerado	8.7	4.53	57.7
Aspirantes	8.0	3.00	79.6
TOTAL	100.0	100.00	29.9

Fuente: Ministerio de Trabajo, Encuesta de Hogares 1984, tabulados inéditos.

Cuadro 7

Lima Metropolitana. Niveles de empleo de la PEA de 14-24 años, 1982

	<u>15 - 24</u>	<u>PEA Total</u>
1. Desempleo global	<u>14.1</u>	<u>6.6</u>
2. Sub-empleo	<u>49.3</u>	<u>28.0</u>
por ingresos	47.2	24.0
por tiempo	2.1	4.0
3. Adecuadamente empleado	<u>36.6</u>	<u>65.4</u>
Total	100.0	100.0

Fuente: Ministerio de Trabajo, Encuesta de Hogares, 1982.

4. En lo relativo a los ingresos, los jóvenes de la PEA tienden a concentrarse en los niveles más bajos. En 1984, en Lima Metropolitana casi la mitad de los jóvenes percibían ingresos inferiores o alrededor del salario mínimo legal, situación que contrastaba con el 34% en el conjunto de las clases populares de dicha ciudad (Cuadro 8). Sin embargo, los jóvenes migrantes presentaban ingresos más bajos que los nativos: casi el 60% de aquellos ganaban menos o alrededor del salario mínimo, a diferencia del 40% de los jóvenes nacidos en esta ciudad (Cuadro 9).

En resumen, mientras los jóvenes presentan niveles educacionales más altos de la población, especialmente en Lima Metropolitana, los jóvenes de ambos sexos pertenecientes a las clases populares urbanas perciben los más bajos ingresos, a pesar de ser los que más horas trabajan y en condiciones más precarias. De ahí que se pueda concluir que los jóvenes de ambos sexos se concentran en los estratos de más bajos ingresos de las pauperizadas clases populares de Lima(5).

Estas contradictorias y conflictivas características de los jóvenes no son exclusivas del Perú y parecen constituir manifestaciones de una generalizada experiencia latinoamericana(6). Sin embargo, en el Perú, la juventud popular parece desempeñar un decisivo papel en el desarrollo político de las clases populares y de la sociedad en su conjunto.

Esta primera generación con experiencia urbana y educacional, tendría una elevada participación en diferentes formas organizativas desarrolladas al compás de las transformaciones ocurridas en la estructura social a partir del período "velasquista". Por medio de esta participación lograrían un sentido de integración, en tanto grupo generacional y en tanto clase social, que tendería a superar los fraccionamientos étnicos y sociales de las generacio-

(5) Pedro Galín, Julio Carrión y Oscar Castillo: "Clases Populares y asalariados en Lima"(ms), IEP, 1984.

(6) CEPAL, Situación y perspectiva de la juventud en América Latina, Costa Rica, 1983, PREALC (Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe), Asalariados de Bajos ingresos y salarios mínimos en América Latina, Santiago, 1980.

Cuadro 8
Lima Metropolitana: Ingresos 1984

Ingresos	Jóvenes (15-24)	PEA Popular
Ninguno	22.5	13.0
Menos del mínimo*	40.1	26.7
Alrededor del mínimo	9.1	7.7
Más del mínimo (hasta un 1/2 más)	14.3	16.5
Más de 350,000	13.9	36.1
Total	100.0	100.0
Absoluto	480,1	1'363,1

Fuente: Ministerio de Trabajo. Encuesta de Hogares 1984.
Tabulados inéditos.

*Salario mínimo en el momento de la encuesta: S/.195,000.-

Cuadro 9

Lima Metropolitana. Ingresos de jóvenes (15-24 años) según condición migratoria, 1984(%)

	J O V E N E S				P E A P O P U L A R			
	<u>Nativo</u>	<u>Costa</u>	<u>Sierra</u>	<u>Selva</u>	<u>Nativo</u>	<u>Costa</u>	<u>Sierra</u>	<u>Selva</u>
Sin ingresos	24.5	19.4	21.0	15.4	15.8	10.3	11.5	10.1
Menos del mínimo*	31.9	53.0	50.7	46.8	23.0	25.2	30.7	33.9
Alrededor del mínimo	9.6	5.8	9.6	9.6	7.8	5.7	8.3	9.5
Más del mínimo hasta 1/2	17.7	8.0	8.8	22.0	16.8	15.2	17.1	15.6
Más de 350,000	16.3	13.8	9.8	6.2	36.6	43.6	32.4	30.9
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Ministerio de Trabajo. Encuesta de Hogares 1984. Tabulados inéditos.

*Salario mínimo en el momento de la encuesta: S/. 195,000.

nes anteriores, determinando un sustancial avance en su integración nacional.

A través de esta participación en distintas instancias y formas organizativas, la juventud popular ha desarrollado una actividad radicalizada y violenta, determinante de las orientaciones y de los comportamientos sociales y políticos de las clases populares urbanas.

Durante los años cincuenta y sesenta un grueso contingente de los jóvenes de las clases populares de Lima, nativos y migrantes, fundaron hogares, construyeron sus viviendas y estabilizaron los "barrios marginales" en los que vivían reformulando el diseño urbano hasta entonces existente; obtuvieron empleos remunerados en la nueva estructura productiva que se venía desarrollando y luego, con el correr del tiempo, un sector se incorporó al llamado mercado "informal", en razón de los bajos salarios ofrecidos, del ahorro realizado por la unidad doméstica y, también, por sus aspiraciones de movilidad social(7).

Estos pasos otorgaron a las clases populares en formación un sentimiento de seguridad y confianza en sus esfuerzos para seguir mejorando sus condiciones de vida, proyectando en sus hijos la culminación de la ansiada movilidad social. Pero en ese curso de acción, dichas clases y especialmente los migrantes andinos, tuvieron que atravesar un conjunto de experiencias plagadas de dificultades, engaños, desprecio y violencia, centradas en las figuras patronales y en los agentes gubernamentales(8).

(7) Sobre estos problemas ver, Efraín Gonzales "Crecimiento económico de Lima y sectores populares" 1984 (ms.), Francisco Verdera "Población, migración y fuerza laboral en Lima Metropolitana 1940-1981" 1985 (ms), César Herrera "Estructura ocupacional e ingresos en la economía de Lima y Callao 1940-1981 (ms). Trabajos realizados en el marco de la investigación "Urbanización y Clases Populares" que lleva a cabo el IEP.

(8) De la misma investigación: Carlos I. Degregori, Cecilia Blondet y Nicolás Lynch "Cruz de Mayo: de Waqchas a ciudadanos" 1984 (ms).

Fue alrededor de estas traumáticas experiencias que las nuevas clases populares urbanas retomaron la tradición de lucha anti-oligárquica, que Haya de la Torre y Mariátegui fundamentaron, teniendo que aprender a organizarse alrededor de la defensa de la vivienda y del barrio, del salario y del empleo, de la educación y la salud. Además, los jóvenes migrantes serranos, que experimentaban el desplazamiento de su universo socio-cultural, también tuvieron que aprender a organizarse en términos étnico-regionales, a fin de acomodarse y superar las nuevas condiciones ciudadanas(9), defendiendo, reforzando y renovando su identidad étnica, recogiendo la tradición de resistencia campesina de la "mancha india".

Este aprendizaje organizativo significó un avance importante en la asimilación de los intereses individuales y familiares con los colectivos, condicionando el desarrollo de la autoidentificación de esas clases populares en oposición a quienes los rechazaban. Esta innovación social marcaría, de manera decisiva, el futuro desarrollo político de estas clases y con ello, del país.

Así, mientras estos sectores movilizados, que en su mayor parte recién se incorporaban a la vida urbana y nacional, requerían del Estado el reconocimiento de sus derechos ciudadanos y, por ende, la distribución equitativa de los recursos y las oportunidades sociales a fin de asegurar su reproducción colectiva, la respuesta que recibían era el rechazo violento, la humillación y la ofensa cotidiana. De esta manera se reforzó su percepción que "el señor gobierno" no sólo era ajeno y extraño a ellos, sino enemigo de las capas populares y que estaba sólo para representar y defender a los "poderosos".

Por eso mismo, la diaria experiencia dejaba ver que, más allá del cuerpo de tradiciones comunitarias, únicamente a través de la organización de la

(9) También de esa investigación, Jürgen Golte y Norma Adams "Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima" 1984 (ms).

resistencia de las clases populares, de su perseverancia y de su violencia, podrían contrarrestar y hacer replegar la fuerza estatal. Así se reforzarían sus convicciones que sólo a través de la confrontación y la violencia podrían lograr sus objetivos, germen del carácter "clasista" que irían asumiendo sus organizaciones.

En este cuadro la "democracia" no era sino una ficción, una formalidad, que sólo servía a los que tenían acceso al "poder". En efecto, la exclusión de la representación efectiva de los intereses populares en el Estado negaba la existencia del pluralismo político. Asimismo, impedía la constitución de mecanismos institucionales legítimos, en los que diferentes actores sociales y sujetos políticos pudieran arribar a compromisos que dieran cabida a la redistribución de los recursos y las oportunidades, que favoreciera la integración nacional de las clases sociales(10).

Sin embargo, en este escenario cargado de hostilidad y enfrentamiento, en el que la cultura política popular estaba signada por la violencia a la par de la rápida disolución de los tradicionales mecanismos de dominación patrón-cliente, los sectores populares lograron ganar posiciones durante la década de los sesenta. Los partidos políticos tuvieron que incorporar algunas de sus reclamaciones en la acción legislativa, dictando medidas asistencialistas, a fin de asegurar el mantenimiento de la dependencia de las clases populares. La educación, el empleo y los servicios públicos se ampliaron y, en algunos casos de manera considerable, motivando que se reforzaran las exigencias organizadas de las clases populares. Así, las movilizaciones que se encauzaron en la demanda por la realización de "transformaciones estructurales", destinadas a democratizar y nacionalizar la sociedad, la política y la cultura, pasaron a constituir el eje de las luchas sociales y políticas de las clases populares.

(10) Julio Cotler, "Sobre la democracia en el Perú", Primer Congreso de Sociología del Perú, Huacho, 1981.

Fue en estas circunstancias que el gobierno de la fuerza armada realizó su revolución, destinada a responder las demandas populares y dar paso a la modernización económica y social del país. Mientras que, por un lado, el gobierno amplió de manera dramática la participación social de las clases populares (reconocimientos de sindicatos, constitución de las comunidades laborales, la reforma educacional, etc.) por otro lado, y debido a su naturaleza castrense, negó la posibilidad de participación política a los supuestos beneficiarios y presuntos afectados por las reformas que dictaba(11). Fue alrededor de esta disonancia -alentada por el discurso radical de los intelectuales gobiernistas- que se desarrolló una rápida y creciente radicalización de las organizaciones de las clases populares, especialmente urbanas, que selló el desarrollo y desenlace de la revolución del general Velasco.

En este desarrollo organizativo y político de las clases populares urbanas, la juventud jugó un papel decisivo, en tanto que ella percibió de manera especialmente aguda dicho bloqueo y esto por dos razones. En primer lugar, la expansión del sistema educativo a los sectores juveniles se acompañó de una radicalización de los contenidos educativos y del personal docente, en la que se recogía la tradición anti-oligárquica. En segundo lugar, por la constitución de una joven clase obrera, de mayor nivel educativo que el de las generaciones anteriores, concentrada en las industrias más dinámicas y ajena a la anterior tradición sindical aprista. Ambos contingentes juveniles, estudiantes y obreros, protagonizaron y dirigieron intensas y relativamente exitosas movilizaciones populares.

La decisión del Jefe del APRA de mantener a su partido fuera del escenario político, y del Partido Comunista de dar su "apoyo crítico" al gobierno militar creó las condiciones favorables para que la prédica y la acción radical de múltiples grupos izquierdistas -dirigidos por jóvenes estudiantes,

(11) Julio Cotler, "El proceso de integración nacional y política" 1985 (ms).

profesionales y obreros, muchos de ellos hijos de migrantes- se enraizaran en sectores claves de la sociedad y la producción, creando la corriente "clasista" en los sindicatos, las organizaciones populares en los barrios, las federaciones estudiantiles y campesinas autónomas del gobierno.

Fue en este marco que el general Velasco optó por una política económica de tinte populista, fundada en el distributivismo asistencialista y en el endeudamiento externo, que marcó el inicio de la crisis económica, sin poder calmar las nuevas corrientes radicalizadas de la sociedad. Su sucesor enfrentó la crisis y la nueva dinámica social bloqueando las formas de participación existentes, muchas de ellas desarrolladas en el período anterior, agitando aún más el descontento y la oposición. Así, a la carencia de mecanismos institucionales de negociación política, se sumó el deterioro creciente de las condiciones de vida, agudizando las tensiones sociales y políticas. De ahí, precisamente, los éxitos de los paros nacionales de 1977 y 1978, que marcaron un hito en la historia contemporánea del país, al decretar la consolidación del radicalismo político en la juventud y, en general, de las clases populares.

Así, a partir de los sesenta se experimentó una primera oleada de radicalización juvenil, que estuvo asociada al proceso de cambios sociales iniciada en esa década y luego catalizada por el bloqueo político de los setenta. A partir de mediados de la década pasada se experimentó una segunda oleada de radicalización juvenil -que se superpuso a la anterior- cuando se fueron cerrando las vías de movilidad ocupacional y de ingresos, así como las de organización social, mientras que se daba inicio a una inédita apertura del marco político.

Si la primera oleada de radicalización parece haberse caracterizado por una tendencia hacia una elevada participación institucional de la juventud popular y racionalidad de las demandas y medios de acción elegidos, la segunda, en cambio, bloqueada económica y socialmente, parece combinar expresiones

inorgánicas y violentas -individuales y colectivas- con marcadas preferencias electorales por la Izquierda Unida y el APRA.

La apertura política y la reanudación del sistema representativo en 1980 sirvió para atemperar, relativamente, los ánimos belicosos en la sociedad y en la política, hecho que las izquierdas tardaron en comprender. El triunfo avasallador de Belaúnde se inscribió en este cuadro, en tanto ofreció una imagen pluralista, a diferencia de sus contendores: la sociedad visualizó en él la institucionalización política de la negociación colectiva, en la que se incorporaría legítimamente a los representantes y las demandas populares, promoviendo sus condiciones de vida y de movilidad social. Así, la promesa democrática de los ochenta pareció dar inicio al encuentro entre el Estado y las clases populares.

Sin embargo, desde sus inicios el gobierno pretendió jugar a dos cartas: de un lado estableció una política de ajustes económicos de naturaleza receptiva, recomendados por el FMI, mientras que, del otro, buscaba la consecución de un "pacto social" a fin de establecer el consenso como práctica política. Sin embargo, las contradicciones que estas orientaciones produjeron limitaron las posibilidades de la "Tripartita". En efecto, en la medida que se agudizaba la crisis se reconcentró el ingreso, mientras que se intensificaban los despidos de trabajadores, se reducían los salarios, aumentaba el empleo eventual y la subcontratación, así como el trabajo independiente.

De otro lado, la oferta de plazas universitarias no creció al ritmo de la demanda y las estructuras educativa y productiva también inciden en la existencia de un estrecho mercado de trabajo, incapaz de absorber a los jóvenes egresados de colegios y universidades, motivando que se desarrolle un generalizado sentimiento de frustración y rechazo al orden social y su garante estatal.

A esto se suma el estilo "oligárquico" de conducción política del Presidente Belaúnde y de su equipo de gobierno, reacio a las reclamaciones de la

opinión pública y al establecimiento de mecanismos de negociación y entendimiento que den cabida a la constitución de fórmulas consensuales.

Así, un Estado indispuerto hacia las clases populares y capas juveniles que poco tienen y a mucho aspiran, crearon una situación en que ninguno de estos actores estuvo en capacidad de considerar sus intereses en términos colectivos. El "otro" no aparece como un contendor, sino como un enemigo; en la que negociar es sinónimo de entrega, traición y derrota. Es decir, las relaciones políticas se presentan, como para los militares, en la continuación o el sustituto de la guerra.

En estas condiciones, paradójicamente, el sindicalismo se debilitó(12) entre otras razones porque no amplió su representatividad respecto a los trabajadores eventuales, predominantemente jóvenes, manteniendo en cambio su carácter de órgano de defensa de los trabajadores estables, particularmente en las empresas grandes. Esta situación condicionó que los jóvenes de los sectores populares tuvieran un restringido acceso a la sindicalización y que los gremios tuvieran una limitada capacidad de convocatoria de ese grupo social.

Paralelamente la restringida participación de la juventud en los planos organizados de la economía y la sociedad ha coincidido con el hecho que los partidos políticos no han desarrollado estructuras que encuacren organizativa e ideológicamente a las clases populares en general y a su juventud en particular. Así, la debilidad e inoperancia de los mecanismos de mediación de las crecientes demandas populares y juveniles en el nivel de la sociedad, la política y el Estado, abren un espacio para alternativas de violencia política e individual. La / ^{primera} parece seguir inspirada en la tradición anti-oligárquica en la que se asume que sólo mediante la fuerza puede arrebatar al Estado

(12) Para una versión de este proceso, Ver Carmen Rosa Balbi y Jorge Parodi, "Radicalismo y clasismo en el movimiento sindical peruano" Socialismo y Participación N° 26 y Jorge Parodi: La desmovilización del sindicalismo, ponencia presentada al Seminario "Movimientos Sociales en América Latina", enero 1985 (ms).

la concesión de los derechos ciudadanos.

La radicalización de las clases populares urbanas, en la que los jóvenes tendrían una decisiva participación, se manifiesta en las bases de la Izquierda Unida y del Apra, que van mucho más allá del discurso de sus dirigentes. Situación que coincide con el surgimiento de Sendero Luminoso.

El permanente descenso en las condiciones de existencia de las clases populares, la manifiesta ineficacia del sistema político y sus partidos, así como del "clasismo" sindical, han coincidido con el desarrollo de Sendero Luminoso y su importancia en el escenario político, constituyéndose en un polo de atención y de atracción entre las clases populares urbanas y, muy particularmente, de sectores juveniles, incluso de aquellos que militan en la Izquierda Unida y el APRA.

Así, mientras la primera oleada de radicalización juvenil parecería haber conducido, en buena medida, al proceso de radicalización del conjunto de las clases populares, la segunda oleada se ve relativamente distanciada por su inorganicidad del resto de las clases populares y parecería proclive a inclinarse a Sendero Luminoso.

Este, al negar y rechazar toda validez al régimen político con actos de ferocidad insólitos, parece expresar un sentimiento que compromete a importantes sectores de la juventud popular, que apuestan a la violencia como la única solución a la tozudez del régimen político, que dominan los "viejos". Es decir, que esta tendencia podría estar señalando el futuro desarrollo de nuevos desplazamientos políticos y sucesivos cambios de identidad política en la juventud.

Así, el significativo descenso de los niveles de vida y el cierre de toda perspectiva de movilidad, sumada a la indisposición del sistema político para construir instituciones capaces de establecer formas consensuales de distribución de los recursos y las oportunidades sociales para las clases populares y sus jóvenes, habría producido una exacerbación de las percepciones y

actuaciones sociales de enemistad, enfrentamiento y hostigamiento, que desembocan en la violencia tanto individual como colectiva. De ahí también la atracción de cualquier versión ideológica que justifique la inevitabilidad de este tipo de comportamiento.

